

esclavos que manumitió, que siempre estaban á sus órdenes, y ciento veinte mil hombres que habia hecho propietarios en toda la Italia. Podia pues abdicar sin temor. Mas quiso mostrar en ello cierta ostentacion. Reunió el pueblo y le dijo: *Romanos, os devuelvo la autoridad sin límites que me habeis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno entre vosotros quiere que le dé cuenta de mi administracion, estoy pronto á hacerlo.* Al momento despidió á sus lictores, y se mezcló entre la gente como un simple particular. Habiéndole insultado un jóven, se contentó con decir: *Esto será causa de que no se vuelva á abdicar la dictadura.*

Se retiró á su morada, y dividió el tiempo entre el estudio y los placeres. Escribia sus *Memorias*, ó pasaba el tiempo en beber con los bufones. El cómico, el archimimo Sorix, el infame Metrobio, tales eran los hombres que tenian mas influjo para con él. Sus excesos le causa ron una horrible enfermedad. Su cuerpo cayó en podredumbre, y murió roído por piojos y otros insectos que se renovaban incesantemente. Sus funerales tuvieron todo el brillo de un triunfo. Las damas romanas llevaron una cantidad prodigiosa de aromas, llenaron doscientos diez canastillos, é hicieron con cinamono é incienso dos estatuas de tamaño natural. Una representaba á Sila, la otra á un licitor que llevaba los haces delante de él. Pompeyo empleó todo su crédito para que se le hiciesen tales honores.

CAPITULO IV.

Pompeyo y Ciceron (1).

(70-63.)

Al llegar la república romana á su decadencia, participa de la movilidad que caracteriza á todas las repúblicas griegas. En lugar de ese desarrollo armónico y regular que hemos admirado en sus instituciones durante los primeros tiempos, ya no encontramos sino variaciones perpetuas debidas á los caprichos de los hombres que se suceden en el poder. Esta sociedad enferma se parece á un moribundo que se agita sobre el lecho del dolor, sin encontrar una posicion que le convenga. Así es que ensayó la democracia con Mario, adoptó otra vez el sistema aristocrático en tiempo de Sila, y buscó con Pompeyo y Ciceron un punto de apoyo en una region intermedia, resucitando la órden ecuestre y colmándola de favores. Sin embargo, en medio de estas fluctuaciones, progresaba el despotismo autocrático. Despues de haberse extenuado para defender su libertad, esta sociedad desgraciada habia de ser naturalmente presa del hombre de genio que emprendiese imponerle sus voluntades. Así es que el pueblo prepara sin saberlo ese deplorable desenlace, invistiendo á Pompeyo de una autoridad absoluta é irresponsable. El senado reclama, mas César lo aplaude. Su genio presentia que aquel rival le abria el camino, y que un dia seria llamado á recoger su rico despojo.

§ I. Guerra contra los partidarios de Mario hasta la muerte de Sertorio (78-72).

Estado de Roma á la muerte de Sila. A la muerte de Sila solo Pompeyo pudo recoger la herencia de su poder. Tenia la misma frugalidad y templanza que Caton, y se habia ilus-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de Sertorio, de Craso, de Lúculo y de Ciceron*; Salustio, *Conjuracion de Catilina y fragmentos*; Apiano, *De bello civili*; Dion Casio, cuya historia comienza en el año 69 antes de Jesucristo; Ciceron, sus arengas y cartas ofrecen curiosos datos; en fin, todos los compendios indicados anteriormente.

trado por su elocuencia en el Foro y por su valor en veinte batallas. Enemigo declarado de Mario, retó á Bruto, Scipion y Carbon, sus tenientes, y mereció ser saludado con el nombre glorioso de *imperator* por Sila la primera vez que le vió. El orgulloso dictador le estimaba tanto que siempre se levantaba delante de él y quitaba de encima de su cabeza el faldon de su túnica. Quiso aficionársele muy especialmente, y le hizo entrar en su familia casándole con su nieta Emilia.

Pompeyo fue bastante grande para conservar su independencia en medio de todos estos favores. Fué á Sicilia y Africa para combatir los últimos restos del partido de Mario en estas provincias, y los exterminó en pocos días. Sila pareció inquieto de la gloria de este jóven de veinte y cuatro años, y le ordenó licenciase su ejército. Irritados los soldados de tal injusticia se sublevaron; pero Pompeyo les calmó, y volvió á Roma á pedir el triunfo. Sila se lo rehusó, bajo pretexto de que no era pretor ni cónsul. El jóven guerrero, sin admirarse de esta resistencia, dijo al dictador considerase que habia mas gentes prontas á adorar el sol al levantarse que al ponerse. Esta palabra audaz sorprendió á Sila y exclamó: *¡ Que triunfe! ¡ que triunfe!* El vencedor de Africa hubiera querido triunfar sobre un carro tirado por cuatro elefantes, pero la puerta de la ciudad era demasiado estrecha, y hubo de renunciar á su proyecto fastuoso.

Para permanecer así libre é independiente cerca del imperioso dictador, era preciso fuerza y grandeza, y no es lo que menos honra á Pompeyo. Aunque partidario de Sila, que nunca aprobó sus crueldades y furors, ni se mezcló en las proscripciones, y á pesar de no tener los haces consulares, ni el título y la dignidad de senador, á la edad de veinte y cuatro años, se atrevió á combatir uno de los candidatos propuestos por el dictador para el consulado, y obtuvo que se le prefiriese un hombre de su eleccion llamado Lépido. Jóven, le dijo Sila, *estais orgulloso por vuestra victoria. Pero os prevengo, no os durmais, vedad con cuidado por vuestros propios negocios, porque teneis un adversario mas fuerte que vos.*

Pompeyo derrota á Lépido (77). Apenas murió se realizaron sus predicciones. Pompeyo tenia que quejarse del dictador, porque habia dejado legados á todos sus amigos, sin pensar en él. Hacia mucho tiempo que desaprobaba interiormente su constitucion, mas pensaba con razon que convenia no precipitar las cosas, y que la reaccion, para ser saludable, necesitaba ser meditada y preparada tranquilamente. Lépido, que no tenia tiempo de esperar, quiso por el contrario destruir al momento la obra de Sila, é ilustrar así su consulado. Propuso pues restablecer el poder tribunicio. Al oír esto los partidarios de Mario se reunieron al rededor suyo y le eligieron por gefe. Se puso á su cabeza, llamó á todos los proscritos, y en breve se presentó bajo los muros de Roma con un poderoso ejército. El senado le declaró fuera de la ley, y envió á Pompeyo contra él. El desgraciado cónsul fue derrotado sucesivamente delante del puente Milvio, en la Etruria y cerca de Cosa. Se refugió en Cerdeña, donde murió de pena, mientras que Pompeyo, su dichoso rival, triunfaba en la Cisalpina de Bruto y demas insurrectos (77).

Sertorio. Pompeyo llegó á ser el hombre del senado. Le enviaron pues á España para concluir con los últimos restos de la guerra civil que se habian reunido, como dice Plutarco, al rededor de Sertorio. Este general, que ha sido comparado á Anibal por el genio, nació en el pais de los Sabinos, en la pequeña ciudad de Nursia. Habia hecho sus primeras campañas bajo las órdenes de Scipion, en la época de la invasion de los Cimbrios y de los Teutones en la Gália. Como habia aprendido la lengua de estos bárbaros, se hizo espía de Mario, y le prestó importantes servicios antes de sus grandes victorias de Aix y Verceil. En la lucha que se suscitó entre Mario y Sila, tomó partido por el vencedor de los Cimbrios, desajutando al mismo tiempo sus bárbaras crueldades.

Despues de la muerte de Mario se retiró á España, donde tuvo la destreza de conciliarse el afecto de los grandes y del pueblo por su moderacion y dulzura. Habiendose puesto á la cabeza de un poderoso ejército, llevó tras sí los soldados á Africa y electrizó su valor con brillantes hazañas. La igno-

rancia les hacia ver en él un ser casi divino. Habia descubierto la tumba de Anteo, gigante de treinta codos; Diana le habia regalado una corza blanca que le revelaba el porvenir; sus palabras eran oráculos. La España, absorta con estas ideas supersticiosas, no titubeó ya en reconocer su dominacion, cuando le vió destruir la flota romana en un combate naval, exterminar á las legiones de Fidio cerca del rio Bétis, hacer huir al procónsul Domicio, derrotar á los tenientes del cónsul Metelo, y reducir al mismo cónsul á la última extremidad (79 76.)

Guerra de Pompeyo contra Sertorio (76). Se decia en Roma que Metelo era ya viejo, y no tenia bastante fuerza y actividad para combatir á un general que estaba, como Sertorio, en toda la fuerza y flor de la juventud. El senado envió pues contra este terrible adversario á Pompeyo, que habia librado ya á la república de tantos peligros. Pero apenas el discípulo de Sila pasó los Pirineos, fue derrotado por la habilidad sorprendente de su nuevo enemigo. Sertorio tuvo la ventaja en todos los encuentros. Le sorprendió delante de Lauron, cerca de Valencia, le venció en las orillas del Sauron, y acaso le hubiera destruido enteramente si Metelo no hubiese acudido. *Sin esta vieja, decia el bárbaro riendo, habria yo enviado este niño á Roma, despues de haberle dado azotes.*

Mitridates, maravillado de los sucesos del bárbaro, le envió embajadores para unirse con él contra los Romanos. Sertorio aceptó la alianza del rey de Ponto; pero no quiso cederle una sola provincia del imperio romano, de la que se consideraba ya dueño. Mitridates admiró este orgullo, y firmó las condiciones que le dictaba.

Muerte de Sertorio (72). Esta alianza con el Asia daba á la guerra de España un nuevo grado de importancia. Sertorio no era un bárbaro ordinario. Tenia un senado, foro, ejércitos y gobernadores. Todos los partidarios de Mario estaban prontos á secundarle en Roma y en toda la Italia. Era preciso venderle, ó consentir en principiar de nuevo la guerra civil. No habiendo podido hacer nada los generales romanos por la fuerza, recurrieron á la traicion. Metelo hizo publicar al son de toque de trompeta que daría cien talentos de plata y dos mil

fanegas de tierra al que le matase. Perpenna, teniente de Sertorio, se dejó corromper por las ofertas seductoras del cónsul. Convidó á Sertorio á un festin, y le hizo degollar por los convidados. Pompeyo dió una batalla á este traidor infame, le hizo prisionero, y le envió al suplicio. Desde entonces los rebeldes concluyeron; se sometieron en todas partes, y Pompeyo volvió á Italia para concluir la guerra de los esclavos.

§ II. Guerras contra los esclavos. Euno, Atenion y Spartaco (132-71).

Estado de los esclavos. En el mundo antiguo, no se honraba el trabajo ni la industria. Abandonaban las artes y oficios á esa porcion degradada de la humanidad compuesta de esclavos. En los primeros tiempos de Roma los esclavos no eran numerosos; pero habiéndose multiplicado las necesidades con motivo del lujo y de la molicie, fue preciso mayor número de brazos para satisfacerlos. La guerra los proporcionó. Paulo Emilio, Mario, Pompeyo, César y todos los grandes capitanes hicieron en todas partes una multitud de prisioneros y les redujeron á esclavitud. Durante la paz, tambien habia comerciantes que negociaban con ellos. Como hoy van á Nigricia á hacer el tráfico de los negros, lo mismo iban entonces á los países bárbaros de la Gália, de la Germania y de la Escitia. Así se proveian los mercados de las grandes ciudades de hombres salidos de todas las naciones. Cada pueblo tenia su reputacion de habilidad y de industria. Alejandria, dice M. Duruy, producía gramaticos; los mercados de Sides y Chipre, Asiáticos inteligentes y dóciles, pero corrompidos y guardados para la casa del dueño; la Grecia, hábiles preceptores; el Epiro y la Italia, buenos pastores; la Germania, la Gália y la Tracia, gladiadores; la Capadocia, vigorosos pero estúpidos trabajadores.

Todos los grandes propietarios poseian un número tan considerable de estos, que tenian un *nomenclator*, cuyo oficio consistía en saber su nombre de memoria. En los ejércitos

había más que soldados, y en las ciudades eran de tal modo superiores en número, que no se atrevían á hacerlos habitar en el mismo barrio, por temor de que ellos mismos conociesen su número. Había ciudadanos que poseían muchos miles de ellos. Para conservar su autoridad se veían obligados á usar contra ellos de la crueldad más atroz. De ahí aquellas leyes bárbaras que componen el código de la esclavitud antigua. El capricho del señor era muchas veces la única regla que decidía de la suerte de estos desgraciados. Por el más mínimo delito se les ponía en cruz, se les pulverizaba entre dos ruedas de molino, ó se les azotaba hasta que fallecían. No poseían dinero, tierras, ni familia. Si llegaban á ser viejos ó á estar enfermos, se les depositaba en la puerta del templo de Esculapio; este dios era quien debía cuidarlos y curarlos.

Primera revolución de los esclavos en Sicilia. Euno (131). Tan espantosa opresión necesariamente había de producir revoluciones. La primera estalló en Sicilia á instigación de un sirio llamado Euno. Se titulaba profeta, anunciaba que sería rey, y echaba fuego por la boca para probar su misión extraordinaria. Una nuez llena de azufre encendido y escondida en su boca operaba todo el prodigio. Sus compañeros de esclavitud, subyugados por su ignorancia y superstición, se reunieron al rededor suyo y le llamaron el rey *Antioco*, como él se nombraba hacia mucho tiempo. Este nuevo monarca muy pronto se vió á la cabeza de un ejército de setenta mil hombres. Derrotó á los cuatro pretores, y se encontró dueño de toda la isla. Si hubiesen triunfado los doscientos mil rebeldes que entonces agitaban esta desgraciada provincia, la sociedad habría vuelto á caer en el más espantoso caos. No se puede decir á qué excesos se entregaron estos hombres abyectos á quienes la esclavitud había hecho extranjeros á toda civilización. No era á la fuerza material á quien pertenecía libertar la humanidad. Estos esclavos, después de haber roto sus cadenas, hacían esclavos á los que eran libres antes que ellos; los papeles estaban cambiados en perjuicio de las luces. El cónsul Calp. Pison confuvo esta anarquía por me-

dio de una victoria, y Rupilio restableció la tranquilidad en la isla exterminando todos los rebeldes. El rey *Antioco* fue sorprendido en una cueva adonde se había refugiado con su cocinero, panadero, bañador y bufon, y murió en las cárceles, devorado por la miseria.

Segunda revolución. Atenion (103-100). La calma era sólo aparente. Mientras que los Cimbrios pasaban los Alpes y llevaban á Roma de terror, estallaron muchas insurrecciones parciales en el Lacio y la Campania. Se hubiera dicho que estos acontecimientos anunciaban la venida de Spartaco. Cuando se calmaron estas sediciones en aquellos países, el mal volvió á aparecer en Sicilia. Habiendo pedido Mario tropas á Nicomedes, rey de Bitinia, este monarca le respondió que las exacciones de los publicanos no habían dejado en su reino sino niños y viejos. Según esta terrible revelación, el senado prohibió que en el porvenir se hiciesen levas de esclavos en las provincias, y ordenó volver á poner en libertad á todos los que habían sido víctimas de aquellas injusticias. Licinio Nerva, pretor de Sicilia, encargado de la ejecución de esta medida, ya había devuelto la libertad á ochocientos esclavos, cuando los ricos propietarios se echaron á sus pies para rogarle que no les despojase así. Nerva interrumpió las manumisiones, mas los esclavos, irritados, se sublevaron. Un tal Salvio y el siciliano Atenion se hicieron sus gefes. Ambos hacían lo que querían de estas bandas groseras por medio de la superstición. Salvio tocaba la flauta y era arúspice. Según decía, la divinidad era quien dirigía todos sus pasos. Se convencieron de ello desde el momento en que fue vencido el pretor enviado contra él. Atenion era astrólogo. No alistaba en su ejército sino los más valientes, y exhortaba á los demás para que permaneciesen en sus talleres y se contentasen con procurarles los víveres y datos que necesitara. Si se le había de dar crédito, el cielo le había prometido el reino de Sicilia, y partía de este principio para impedir á sus soldados el saqueo. Se unió á Salvio, quien había construido al rededor del fuerte de Tricalo una ciudad magnífica con su foro y su palacio.

Habiéndose presentado Lúculo para combatirlos, aceptaron la batalla cerca de Scirtea. Sus cuarenta mil esclavos se batieron bien; mas cuando vieron que Atenion estaba herido, huyeron. Salvio murió algún tiempo despues de esta derrota. Atenion quedo solo, se curó de su herida, y todavía consiguió brillantes triunfos. Para someterle, fue preciso enviar contra él á M. Aquileyo, colega de Mario. Este cónsul mató á Atenion en batalla campal, y exterminó á todos sus soldados. Solo quedaban mil; se rindieron, y fueron condenados á combatir contra las fieras. Prefirieron mas degollarse entre sí, y se pasaron mutuamente con sus espadas recibiendo grandes aplausos del populacho que presenció este espectáculo. Dicese que pereció mas de un millon de ellos en estas dos guerras.

Revolucion de los esclavos en Italia. Spartaco (73-71). Los esclavos del Lacio y de la Campania se sublevaron, mientras que Pompeyo hacia la guerra á Sertorio. Esta revolucion fue provocada por unos gladiadores que un tal Léntulo Batiato tenia encerrados para llevarlos al combate. Habiéndose escapado sesenta y ocho de ellos, entraron en la tienda de un pastelerero, cogieron machetes y asadores y salieron de la ciudad. Encontrando en el camino carros cargados de armas de gladiadores, las cogieron y ocuparon un lugar muy fortificado. Despues eligieron por gefe á Spartaco, quien reunia á una gran fuerza de cuerpo y á un valor extraordinario una prudencia y amabilidad mas dignas de un griego que de un bárbaro. La primera vez que fue vendido en Roma, una serpiente se habia enroscado al rededor de su cara, y una profetisa declaró que esta señal le anunciaba un poder tan grande como terrible. En efecto, el puñado de valientes que mandaba hizo huir al ejército de Clodio, y este suceso atrajo bajo su estandarte una multitud de boyeros y pastores muy fuertes y ágiles. Con estas nuevas fuerzas batió á Varino y á sus tenientes; mas no le alucinó la victoria. Sintiéndose incapaz de triunfar del poder romano, condujo su ejército hácia los Alpes, y propuso á sus compañeros sacudir el yugo retirándose á su pais, unos á la Galla y otros á la Tracia. Pero

sus soldados, mas presuntuosos, desdeñaron sus consejos y prosiguieron su designio.

Tembló Roma, y encargó á sus dos cónsules reprimiesen esta revolucion, la mas terrible de las que habian estallado hasta entonces. Los dos cónsules fueron derrotados. El senado rogó á Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, que continuase la guerra. El crédito y reputacion del general reanimaron el valor de las legiones. Despues de muchas maniobras, que manifestaban tanto la habilidad de Spartaco como la actividad de Craso, se batieron. Los esclavos fueron vencidos, y dejaron doce mil trescientos hombres en el campo de batalla. Spartaco, despues de esta derrota, hubiera querido retirarse á las montañas y prolongar en ellas la guerra; pero sus soldados, menos prudentes, le obligaron á llevarles de nuevo contra el enemigo. Antes del combate, Spartaco degolló su caballo diciendo: *Si soy vencedor, los encontraré bastante buenos entre los enemigos; si soy vencido, no tendré necesidad de él.* Su ejército fue derrotado enteramente. Abandonado de todos los suyos, combatió mientras le quedó una gota de sangre en las venas, y cayó muerto en medio de un monton de enemigos que habia tendido á sus piés.

Triunfo de Pompeyo Craso rogó al senado llamase á Lúculo de Tracia y á Pompeyo de España para secundarle. Al entrar Pompeyo en Italia encontró en la Lucania los restos del último ejército de Spartaco que Craso acababa de destruir. Los atacó y derrotó con facilidad. Esto bastó para que su orgullo se atreviese á apropiarse el honor de haber terminado esta guerra. Escribió al senado. *Craso ha derrotado á los rebeldes; pero yo he extirpado las raices de la rebelion.* Craso, el verdadero vencedor, solamente tuvo la ovacion, mientras que concedieron el gran triunfo á Pompeyo, que se titulaba el *héroe invencible*, y se vanagloriaba de haber sometido en las Españas ochocientas setenta ciudades.

§ III. Restablecimiento del poder tribunicio. Guerra contra los piratas (70-67).

Reaccion contra el partido de Sila. Mientras que Pompeyo conseguía algunas victorias contra los esclavos y contra los últimos partidarios de Mario, el pueblo oprimido por Sila se había esforzado para volver á adquirir sus derechos, y el Foro había sido teatro de nuevas luchas. Los dos partidos, despues de violentos debates, se convinieron en elegir al mismo Pompeyo por árbitro. El pueblo que deseaba gozar de su favor, salió de la ciudad á su encuentro y le ofreció al mismo tiempo el triunfo y el consulado. Pompeyo que se había quejado de Sila, y en el fondo de su pensamiento desaprobaba su constitucion, no disimuló ya. Devolvió al pueblo su libertad y su fuerza restableciendo el poder tribunicio, y excitó á sus partidarios para que creasen de nuevo la órden ecuestre.

Ciceron, que ya había empleado su elocuencia contra Sila, se aprovechó de las quejas de los Sicilianos contra Verres, su infame cwestor, para quitar los juicios á los senadores. Tomó la defensa de esta provincia, y elevó este asunto judicial á la altura de un acontecimiento político. Hizo la pintura de todos los excesos que se habían permitido los senadores, desde que les habían hecho jueces y partes, abandonándoles á la vez los juicios y la administracion de las provincias. Estas elocuentes palabras llenaron de indignacion al pueblo, y á pesar del senado la autoridad judicial fue devuelta á los caballeros.

Para dar á la nueva órden toda su antigua gloria, Pompeyo quiso presentarse á los censores como simple caballero. Descendió al Foro, precedido de todo el aparato de la dignidad consular, y llevando él mismo su caballo por la brida: *Pompeyo el Grande*, le dijo el censor, *¿habeis hecho todas las campañas que la ley exige?* — *Sí*, respondió Pompeyo, *las he hecho todas y nunca he tenido otro general que yo.* Esto era arrogancia; pero el pueblo no vió en ello sino grandeza, y

le costó trabajo moderar sus transportes de alegría. Los censores volvieron á acompañar á Pompeyo á su habitacion, con el objeto de satisfacer á la multitud que les siguió con grandes aplausos.

Guerra contra los piratas. Pompeyo se había hecho popular pero era el hombre menos capaz de desempeñar el papel de magogo. Tenía demasiado orgullo y grandeza, y pensaba mucho mas en cautivar á los Romanos por el respeto y la majestad que por su dulzura y adulacion. La guerra contra los piratas le sacó muy á propósito de su embarazosa posicion. Estos bárbaros eran dueños de todo el mar desde la Fenicia hasta las columnas de Hércules. En cada provincia conquistada por los Romanos, todos los vencidos que no querían vivir bajo la ley del vencedor; ó que preferían mejor ser bandidos que esclavos, iban á aumentar su número. Los soldados de Mitridates se unieron también á ellos el día en que Sila obligó al rey de Ponto á licenciar su flota. En muchos sitios tenían arsenales, puertos y torres de observacion muy bien fortificados; sus flotas estaban llenas de buenos remeros y de pilotos hábiles, y sus robos continuos les hacían vivir en el lujo y la abundancia. Nada era sagrado para ellos. Robaban los templos mas sagrados, y ofrecían á los dioses sacrificios abominables. El nombre romano, respetado por todos los pueblos, era para ellos un objeto de burla y de desprecio.

Ya habían enviado en su persecucion dos generales, el cónsul Servilio que ganó el sobrenombre de *Isáurico* en tres gloriosas y penosas campañas (68), y Metelo á quien llamaron *Crético* porque les echó de la Creta (68). Pero despues de estos reveses parciales no dejaron de ser formidables. Sus buques se cruzaban por todo el Mediterráneo, é impedían que los convoyes de Sicilia y de Cerdeña llegasen á Roma.

Victoria de Pompeyo contra los piratas (67). Para destruir á estos bárbaros, el pueblo revistió á Pompeyo de una autoridad absoluta, y le confirió por tres años el mando de todos los mares y de todas las costas del Mediterráneo hasta cuatrocientos estadios tierra adentro. Los nobles reclamaron contra esta concesion ilimitada que parecía consagrar la monarquía;

pero César, advertido por sus secretas inclinaciones, sostuvo el decreto y le hizo aprobar. Pompeyo recibió dobles fuerzas de las que el pueblo le había prometido y jamás hubo una expedición mas brillante. Dividió el mar en trece regiones á las que destinó sus diferentes escuadras, y en cuarenta dias limpió el mar de Toscana y el de las Baleares. Su dulzura para con los piratas multiplicó las defecciones. Estos infelices se entregaron de tropel con sus mujeres, hijos y navíos. Los que resistieron fueron destruidos. Pompeyo quemó mil trescientos buques, dispersó todas sus fuerzas en una gran batalla en Coracesio en Cilicia, y diseminó á los que habian escapado al acero de los vencedores en diferentes ciudades; á unos los colocó en las ciudades menos pobladas de la Cilicia, á otros en Soli cerca de la embocadura del Cidno, y tambien en la ciudad de Dima en Acaya, donde habia pocos habitantes. Se hallaba ocupado en visitar las ciudades de su gobierno, cuando el tribuno del pueblo Manilio hizo dar un decreto que le encargaba de la guerra contra Mitridates en detrimento de Lúculo.

§ IV. Guerras contra los pueblos del Asia. Mitridates. Tigrano (82-63).

Segunda guerra contra Mitridates. La opresion de las provincias habia favorecido los primeros triunfos de Mitridates. La misma causa excitó á todas las provincias que él habia abandonado á los Romanos para volver á caer en su poder. Los publicanos perseguian de la manera mas atroz á todos los deudores. En Asia extendian á estos desgraciados en el todo durante el invierno, y los exponian al sol en el verano, los encarcelaban, y los obligaban muchas veces á vender sus mujeres ó hijos para satisfacer la codicia de sus perseguidores. Mitridates se aprovechó de este descontento universal. Invadió la Bitinia que Prusias habia legado por testamento al pueblo romano, ocupó al mismo tiempo la Capadocia, y se unió, como hemos dicho, con Sertorio y los piratas (74). El

senado confió esta guerra importante á Lúculo, uno de los tenientes mas distinguidos de Sila.

Victorias de Lúculo (73-66). Lúculo no habia sido todavía jefe de expedicion. Durante la travesía, leyó á Polbio, Jenofonte y demas autores que habian tratado del arte militar, para aprender de estos grandes escritores las cualidades necesarias á un general. Nadie puede decir qué fruto sacó de todas estas lecturas; pero lo que hay de cierto, es que comprendió que en todas las cosas el tiempo es un gran maestro y un habil artífice. Dejó disiparse el ejército de Mitridates que no era mas que un conjunto de diferentes naciones, y se aprovechó de esta circunstancia para restablecer la disciplina en sus tropas y el orden en la provincia. Despues atacó á Mitridates delante de Cizique, y le obligó á levantar el sitio de esta ciudad. La Bitinia, la Paflogonia y la Capadocia cayeron en su poder. Mitridates abandonó en la fuga á sus mujeres en Farnasia, y se refugió cerca de Tigrano, su yerno, en Armenia. Su esposa Monima trató de ahogarse con su diadema real, mas se resapió. *Maldita diadema,* exclamó indignada, *ni aun para eso sirves.*

Tigrano era el rey mas grande del Asia occidental. Habia subyugado á los Partos, civilizado á los Arabes Scenitas y vuelto á poblar toda la Mesopotamia. Los Sirios le habian rogado que tomase su reino bajo su proteccion, y Mitridates en la época de su gloria se vanagloriaba de ser su aliado, y cuando le abandonó la fortuna, buscó un asilo en sus Estados. Tigrano le recibió con frialdad, porque no queria declararse enemigo de los Romanos; mas su orgullo fue halagado con el honor que le hacia su suegro. Sometió la Mesopotamia, conquistó la Fenicia, extendió sus posesiones hasta el Egipto, y tomó el titulo de *rey de los reyes* (70).

Lúculo le significó que entregase Mitridates á los Romanos, y habiéndose rehusado á ello pasó el Tigris y el Eufrates, y penetró con quince mil hombres en el interior de la Armenia. *Como embajadores,* dijo Tigrano, *es demasiado, pero como guerreros, es demasiado poco.* A pesar de sus burlas fue derrotado por este puñado de hombres de corazon y de valor.

Antes de la batalla habian dicho á Lúculo que aquel día estaba marcado como nefasto desde que Cepion habia sido vencido por los Cimbrios ; *Y bien!* respondió el valeroso general, *yo haré que sea dichoso*, y cumplió su palabra. Después de la victoria, tomó á Tigranocerta (69), y fué á derrotar de nuevo cerca de Artaxata (68) á Mitridates que habia reunido los restos del ejército vencido,

Pompeyo sucede á Lúculo (66). En el ínterin, el pueblo romano entregó á Pompeyo el mando de todas las provincias y de todas las tropas que Lúculo tenia bajo sus órdenes. El senado tuvo miedo de esta autoridad despótica que amenazaba á Roma con la tiranía, mas el decreto fue sancionado por los sufragios unánimes del pueblo. Lúculo se manifestó indignado al ver que así se le quitaba el honor de concluir una guerra que habia comenzado y proseguido con tanto éxito. Comparaba á Pompeyo á un ave de rapiña, cobarde y tímida, que se arroja sobre los animales que no ha matado para devorar sus cadáveres. Así era, añadía, como se habia atribuido las derrotas de Sertorio, de Lépido y de Spartaco, aunque eran obra de Craso, Metelo y Cátulo.

Estas quejas eran fundadas, pero no por eso dejó de ceder el mando de las legiones al gran Pompeyo. Este nuevo general, no menos dichoso que hábil, venció á Mitridates, y vió á Tigrano á sus piés felicitándose de haber sido vencido por semejante héroe. Pompeyo le dejó la Armenia con el título de aliado del pueblo romano; pero continuó persiguiendo al rey de Ponto. Le derrotó de nuevo en las gargantas del Cáucaso, y creyó que habia muerto en medio de aquellas naciones salvajes.

Conquistas de la Siria y de la Palestina (64). En seguida descendió á Siria y Palestina para hacer la conquista de estos dos reinos. La Siria se hallaba entonces en la situación mas deplorable. No pudiendo hacerse obedecer Antioco el Asiático que Lúculo le habia dado por rey, habia en todas las ciudades una infinidad de tiranuelos que se desgarraban entre si. Pompeyo, para concluir con ellos, declaró todo el pais provincia romana (64). En Palestina se declaró árbitro entre

Hircano II y Aristóbulo II, que se hacian mutuamente la guerra. Después de haberles oído, se pronunció contra Aristóbulo, y le sitió durante tres meses en el templo de Jerusalem. Hircano II se comprometió por reconocimiento á pagar á los Romanos un tributo anual (1).

Fin de Mitridates (63). Entonces volvió á aparecer Mitridates. Salió de las montañas del Cáucaso, se presentó en el Bósforo y anunció un proyecto gigantesco. Quería sublevar los Tracios, subir por el Danubio hasta las Galias, llamar á todos los bárbaros que encontrara á su paso, y caer desde lo alto de los Alpes sobre la Italia. Tal fue el plan de Atila. Sus soldados se asustaron de tal empresa. Su hijo Farnaco le hizo traicion. Para evitar la vergüenza de caer en manos de sus enemigos, se envenenó como Anibal; pero no habiendo surtido efecto el brebaje, se hizo matar por un esclavo. Farnaco entregó la cabeza de su padre á Pompeyo, quien le recompensó por su parricidio dándole el Bósforo Cimeriense.

Entonces fue, dice Montesquieu, cuando Pompeyo concluyó la magnífica obra de la grandeza romana. Dejó la Capadocia á Ariobarzano, la Gran Armenia á Tigrano, la Judea á Hircano, el Bósforo á Farnaco, y redujo á provincias la Siria y la Fenicia bajo el nombre de Siria; la Bitinia, la Paflagonia y el Ponto bajo el de Bitinia; la Cilicia y la Panfilia bajo el de Cilicia.

§ V. Ciceron y su consulado (63).

Política de Ciceron. En aquellos desgraciados tiempos aun se encontraron hombres que tuvieron fe en la virtud. El hijo de un batanero de Arpino, llamado Ciceron, era de este número. Toda su ambicion fue la de salvar la libertad que veia amenazada por todas partes. El triunfo de la nobleza le hacia temer el despotismo, y que si se daba todo el poder al pueblo, cayese á la anarquía. La igualdad de las dos órdenes habia

(1) Véase mi *Compendio de la historia antigua*.

de perpetuar para siempre la guerra civil. Ciceron, en frente de todos estos riesgos, creyó que para salvar la libertad, era necesario atemperar aquellas dos órdenes con una tercera, y restablecer los caballeros. Este era el objeto político de sus largos alegatos contra el grosero Verres, y era tambien el motivo de todas sus complacencias hácia Pompeyo. Su elocuencia hizo olvidar la oscuridad de su nacimiento, y su moderación hizo que los nobles y el pueblo le elevasen al consulado por unanimidad.

Su consulado (93). César, celoso de su popularidad, trató de arrebatársela proponiendo una ley agraria por el órgano del tribuno Ruto. Esta ley aspiraba á renovar la tiranía de Sila. Establecía diez comisarios revestidos de un poder absoluto, y les daba el derecho de disponer como dueños de la Italia, de la Siria y de todas las nuevas conquistas de Pompeyo, de vender las tierras públicas, de establecer colonias, de levantar tropas, de juzgar y desterrar á quien quisieran. Ciceron combatió en el senado la nueva ley, y admiró de tal modo á los que la habian propuesto que no encontraron palabras para responderle. Los tribunos le citaron ante el pueblo. Se presentó á él á la cabeza del senado, y habló con tanta elocuencia que fue rechazada la ley.

Despues quiso que los caballeros fuesen distinguidos de la multitud en los teatros. Cuando el tribuno trató de ejecutar esta orden, el pueblo se sublevó y llenó el teatro de confusion. Ciceron acudió, llamó al pueblo al templo de Bellona, le habló, y cambió de tal modo sus sentimientos que le hizo aplaudir la medida que poco antes habia combatido. Este fue uno de los mas bellos triunfos de su elocuencia. Pero el descubrimiento de la conspiracion de Catilina hace toda la gloria de su consulado.

Catilina y su conspiracion. Catilina era de una familia ilustre y tenia todas las cualidades de un gefe de partido. Era audaz y valeroso; en el campo de batalla podia arrostrar todas las privaciones y fatigas, y agradaba al pueblo mostrándose liberal, oficioso é insinuante. Educado en medio del crimen, habia muerto á su suegro, y degollado su mujer é hijo para

consumar una union adúltera. Mientras que fue pretor en Africa habia aniquilado su provincia bajo el peso de sus exorbitantes exacciones.

Habia en Roma una infinidad de individuos llenos, como él, de deudas y crímenes. En Italia, habiéndose abandonado á la molicie y á la ociosidad todos los veteranos de Sila, solo soñaban el pillaje de las riquezas que tenian á la vista. Catilina se unió á todo este populacho, y pidió el consulado. Si recibia una afrenta, su objeto era sublevar toda la Italia, incendiar todos los barrios de Roma, y reinar en su país despues de haberle cubierto de ruinas. Prometia á sus partidarios libertarles de sus deudas y enriquecerles. Cuando Ciceron fue nombrado cónsul, no ocultaba sus designios. *El pueblo romano*, habia dicho en el senado, *es un cuerpo robusto, pero sin cabeza; ya se la daré.* Ya habia hecho preparar tropas en la Ombria, la Etruria y el Sannio. Ciceron vigilaba sus pasos; pero como no tenia pruebas jurídicas que oponerle, no se atrevia á atacarle. En fin, M. Craso, M. Marcelo y Scip. Metelo habiendo descubierto al cónsul todos los proyectos de los conjurados, reunió el senado en el templo de Júpiter Stator, y dijo contra Catilina estas terribles palabras: *¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?* El conspirador, asustado, salió al momento de Roma, y se fué al campo de Manlio, su cómplice.

Faltaba conocer á los conjurados que él dejaba en Roma. Dos embajadores de los Alobrozos, que habian ido á Roma para quejarse de las exacciones de su gobernador, les denunciaron á Ciceron con la esperanza de conseguir de él lo que desaban. Estos bárbaros lo habian sabido todo, porque los conjurados les habian hecho entrar en su complot, persuadidos de que les ayudarian á sublevar las Galias. El cónsul dió parte al senado de estas nuevas revelaciones. Se deliberó acerca de la suerte de los culpables, y fueron condenados á muerte.

Triunfo de Ciceron. Ciceron hizo ejecutar esta terrible sentencia mientras que los generales de la república iban á combatir á Catilina. Este desgraciado, que al principio habia

contado bajo sus estandartes mas de veinte mil soldados, en breve se vió abandonado de casi todos los suyos. Solamente hubo tres mil que le fueron fieles. Obligado á combatir, despidió su caballo antes de la batalla, como habia hecho Sparlaco, y se batió como un desesperado. Todos sus compañeros imitaron su heroismo y se defendieron hasta la muerte. El cuerpo de Catilina fue encontrado bajo un monton de cadáveres y su cabeza enviada á Roma.

Toda la multitud hizo á Ciceron los mayores honores. Le llamaban el salvador y nuevo fundador de Roma. Él mismo concibió tanta vanidad que cansó á sus mismos admiradores por la costumbre que tenia de vanagloriarse. En el senado, en las asambleas del pueblo, en los tribunales, en todas partes y sin cesar tenia en la boca los nombres de Catilina y de Léntulo. Hasta llenó sus obras de sus propias alabanzas, y por esa razon, dice Plutarco, su estilo, muy dulce y gracioso, llegaba á ser insoportable, para sus oyentes; pero no tardó en expiar todos sus triunfos.

CAPITULO V

César (1).

Roma, extenuada por la corrupcion, no era bastante fuerte para conservar su libertad. Tenia necesidad de un dueño, y los menos perspicaces lo comprendian. Pompeyo hubiera querido desempeñar este papel de dominacion; pero era demasiado inconstante y tenia un alma demasiado débil para conseguirlo. Este trabajo le causó la muerte, y la historia se ha manifestado severa con respecto á él, porque no le ha considerado sino como tráfuga de todos los partidos. César era el hombre que Roma y el mundo necesitaban. Desde el principio comprendió el sentido de su mision, y marchó derecho á su objeto, apoyándose con una mano en el pueblo y con otra en su espada. Estas dos palabras compendian todos los medios que empleó para llegar al poder. Ganó al pueblo y las provincias con sus favores, y se hizo temible por sus victorias. Una vez dueño del poder soberano, se mostró digno de su fortuna. Los vencedores y los vencidos, la Italia y las provincias, los grandes y el pueblo, todos pudieron invocar con igual confianza su autoridad protectora. Toda distincion de rangos y de partidos se borró ante sus vastas y sublimes concepciones, y puso los cimientos de esa unidad de civilizacion que habia de marcar en la historia de la humanidad el advenimiento de la dominacion romana.

§ I. Principios de César (100-58).

Nacimiento de César. Sus primeros años (100-65). El 12 de enero del año 100 nació César. Se decia descendiente de uno de los primeros reyes de Roma, Anco Marcio, y de la diosa Vénus; de donde concluia que en su familia se encontraba

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR. Entre los antiguos: César, *los Comentarios*; Suetonio, *Vita Jul. Cas.*; Apiano, *De bello civili*; Dion Casio, Plutarco, *Vidas de Pompeyo, de César, de Caton de Utica, de Ciceron y de Bruio*; Ciceron, *Arengas y Cartas*; Salustio, *Cartas*; Veleyo Patérculo, etc. Entre los modernos, ademas de las historias generales ya indicadas: De Bury, *Historia de la vida de Julio César*; Am. Thierry, *Historia de los Galos*, tom. II y III.